



Resulta inevitable repetirse en estas palabras preliminares de presentación. Repetirse uno mismo o repetir lo dicho en ediciones anteriores recogiendo los trabajos presentados, expuestos y discutidos en los tradicionales Coloquios de Historia Canario-Americana auspiciados y celebrados en la Casa de Colón de Las Palmas de Gran Canaria. La Casa, con estas convocatorias que hace cada dos años desde 1978, ha dado un trascendental empujón al cultivo de la historiografía canaria, especialmente en lo que se refiere a las vinculaciones del Archipiélago con América.

En esta ocasión hemos de resaltar ciertas novedades que consolidan aún más el prestigio de los Coloquios. No se trata de un fenómeno ya apuntado en años pasados: la numerosa presencia de autores canarios —autores jóvenes— al lado de casi dos docenas de profesionales peninsulares y extranjeros. No se trata de eso; se trata del protagonismo de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y de las Comisiones seleccionadoras. El citado organismo universitario, recién nacido, ha desplazado un significativo número de futuros historiadores que ya velan sus armas en ese difícil oficio —oficio de evangelista decía un cronista indiano— lo mismo que venía haciendo la Universidad de La Laguna, y, además, con este otro centro ha proporcionado un plantel de especialistas que han integrado las mencionadas Comisiones seleccionadoras. Ellas, con rigor y objetividad, se han preocupado que las colaboraciones remitidas estuviesen adornadas de una mínima seriedad científica y constituyesen auténticas aportaciones. Lo exigía la cantidad de ponencias recibidas.

A diez ponencias-marco, previamente solicitadas, han seguido más de un centenar de trabajos que, como es habitual, aparecen estructu-

rados bajo los rubros de Arte, Arqueología histórica, Historiografía, Historia social, Emigración, Economía y Comercio, Mentalidades, etc. El conjunto ha sido agrupado en tres volúmenes, que eleva a treinta tomos lo que podremos bautizar «Colección Coloquios». Como en anteriores ocasiones ha sido responsabilidad del Servicio de Publicaciones del Cabildo de Gran Canaria, bajo la atinada dirección de don Jesús Bombín, quien ha cuidado con celo todo el proceso de la impresión y que por sus renovados aciertos merece toda clase de felicitaciones.

Felicitemos igualmente a doña Elena Acosta, Directora de la Casa de Colón, que con su proverbial delicadeza y eficacia ha dirigido un grupo que integran Candelaria Fumero Arucas y Dunia Ramos Colomo, merecedoras de toda clase de parabienes. No olvidamos, por supuesto, manifestar nuestra gratitud al citado Cabildo, a su Presidente, y, sobre todo, a su Consejera de Museos doña Concepción de Armas, gran valedora de estas reuniones. El apoyo de todo tipo del organismo insular es decisivo, como lo ha sido el del Gobierno de Canarias a través de su Consejería de Turismo. Con el aliento y el respaldo de estas personas y organismos la tarea ha sido más llevadera, pues hasta el personal subalterno hace cosa suya la organización y desarrollo de los encuentros canario-americanos.

Faltando quizá a la modestia nos atrevemos a reconocer que, una vez más, fueron alcanzados los objetivos propuestos: se ha comprometido a más historiadores locales, nacionales y extranjeros en la investigación del pretérito insular; se ha promovido y fomentado esa investigación; se ha ofrecido la oportunidad de hacerse oír a consagrados y noveles; y se ha acrecentado el patrimonio cultural canario referido a un pasado siempre sugestivo de aclarar.

La esperada aparición de estos tomos impresos suele producirse en vísperas del siguiente Coloquio, tiempo en que redactamos su Presentación. Debido a estas circunstancias cronológicas, este año de 1998 contamos con la lamentable posibilidad de aludir con tristeza a la desaparición de amigos y colegas entrañables que participaron en los Coloquios y nos dejaron su ejemplo humano y académico y su reconocida firma respaldando algunas páginas sobre Historia de Canarias. Nos referimos a los españoles Antonio Muro Orejón y Alfonso García Gallo, al alemán Herman Kellenbenz y al belga Charles Verlinden, que recordamos con cariño y a quienes volvemos a agradecer su interés por conocer el pasado insular.

Parte de ese pasado o de esa Historia lo es Alfonso Armas Ayala, que se acaba de ir, y al que igualmente evocamos con una emoción difícil de patentizar. El estuvo de continuo a nuestro lado como ami-



go y como Director de la Casa de Colón cuando pusimos en marcha los Coloquios. El supo ver y prever la importancia de estas reuniones que aportaban una bocanada de modernidad y las proahijó desde el primer momento. Alfonso Armas Ayala se acaba de marchar legándonos varios ejemplos: el de la sencillez, el de saber para servir, el de la amistad cierta, en una palabra, el de su extraordinaria condición humana e intelectual. Ningún homenaje mejor, ninguna conmemoración más honda que callar; callar y volverlo a oír a él tal como lo hizo en el Prólogo del tomo II (1977) de los Coloquios: «la Casa de Colón, nacida con vocación de América, no podía dejar de acoger este Coloquio, porque en él se citarían voces autorizadas que dirían buenas nuevas sobre este guadiana invisible que a lo largo del Océano ha venido fluyendo, de orilla a orilla, como aquellos troncos misteriosos de que nos hablan las crónicas, aparecidos en las costas insulares. Como esos troncos, nuestro seseo, nuestra entonación, nuestro léxico, nuestras canciones y nuestras costumbres, pasaron al Nuevo Mundo; y no por otra razón, por ejemplo, hoy pueden oírse ecos isleños muy cerca de Nueva Orleáns, o en algún rincón uruguayo».

FRANCISCO MORALES PADRÓN

